

Los relatos y notas de esta recopilación póstuma fueron escritos por Rodolfo Walsh entre 1951 y 1961. Comenzó esa década redonda mudándose a La Plata, y la terminó viajando a Cuba. Fueron también los años en que le dio un perfil definitivo a su estilo literario, y en que elaboró uno de sus libros mayores, **Operación Masacre**. Estos textos instalan por lo tanto eslabones cruciales: los que van desde el policial como acertijo a resolver ante el clásico círculo de sospechosos ("La sombra de un pájaro"), a los cuentos del "comisario Laurenzi", un policía desencantado, buen narrador y hombre del interior. El dolor o complejidad de la experiencia que transmiten van unidos al placer de la densidad literaria, que alcanza su culminación en el cuento que da título al volumen. A ellos se agregan notas periodísticas que exponen sus ideas sobre los cuentos policiales y fantásticos, la figura de Sherlock Holmes o las entidades encubiertas.

Contiene i racconti "Trasposición de jugadas" e "Los ojos del traidor"

COLECCIÓN NARRATIVA

EDICIONES DE LA FLOR

ISBN 950-515-154-3



9 789505 151547



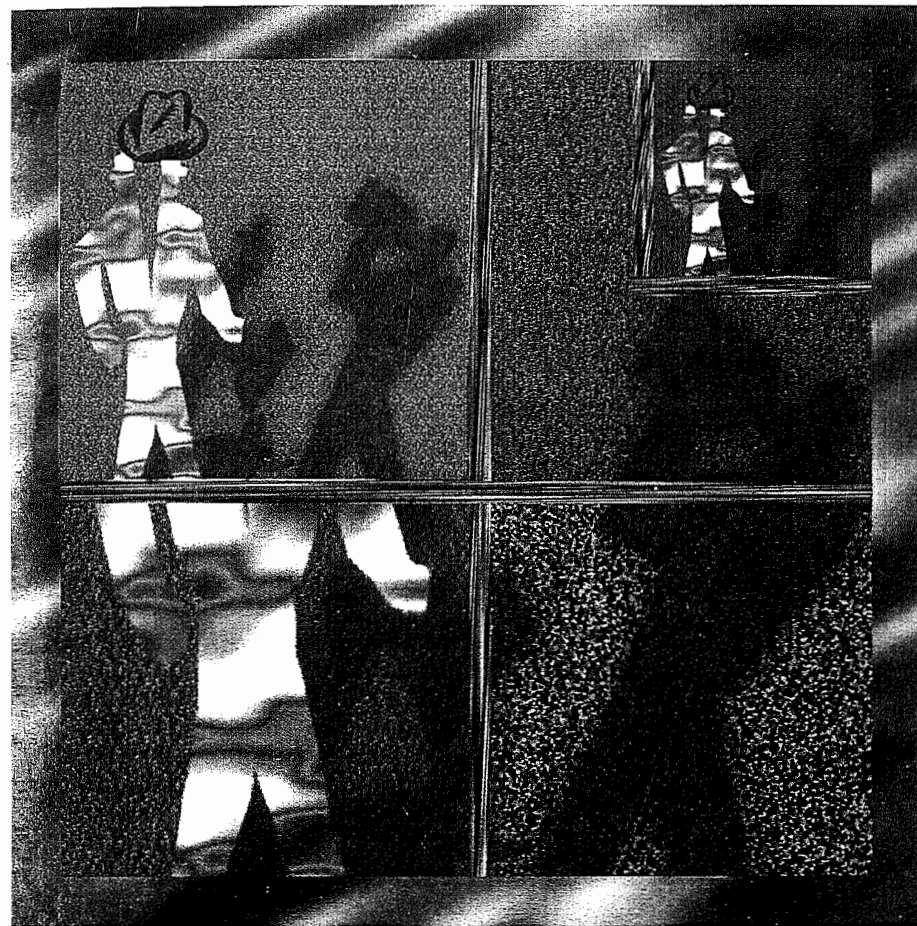
Cuento para tahúres y otros relatos policiales

RODOLFO WALSH

RODOLFO WALSH

Cuento para tahúres

y otros relatos policiales



COLECCIÓN NARRATIVA

EDICIONES DE LA FLOR

RODOLFO WALSH

**CUENTO PARA TAHÚRES
Y OTROS RELATOS POLICIALES**



EDICIONES DE LA FLOR

TRASPOSICIÓN DE JUGADAS

—Abandone —sugirió el comisario Laurenzi.

—Todavía no.

—Está perdido.

—Teóricamente —repuse—. Pero lo importante es saber si usted puede ganarme. Fíjese, yo no estoy jugando contra la teoría, estoy jugando contra usted. Ese es el encanto de las partidas de café.

Me miró con rencor y movió el caballo. Después no habló durante un largo rato. No era un final de problema, era simplemente un final difícil. El caballo debía realizar un complejo movimiento de lanzadera, avanzando y retrocediendo a lo largo de una línea imaginaria que cortaba la retirada de mi rey. Debo decir que, salvo una trasposición de movimientos que pudo enmendar a tiempo pero que le produjo una inexplicable irritación, el comisario condujo el final con exactitud.

Abandoné tres jugadas antes del mate ine-

vitable, cuando ya el comisario había cambiado de cara y afectaba mover las piezas con sobradora distracción.

—¿Por qué se enojó tanto? —le pregunté intrigado.

—¿Cuándo?

—Recién, cuando traspuso las movidas.

—Oh, eso —dijo encendiendo un cigarrillo negro.

Parecía que no iba a hablar. A través del ventanal del café Rivadavia clavó los ojos en la calle, donde un río oscuro de automóviles circulaba perezosamente. Pero de pronto dijo, con voz cansada:

—Ciertas situaciones de algunas partidas de ajedrez me hacen acordar de otras situaciones. Eso es todo. No es nada nuevo, no es nada original, no es nada interesante.

—¿Usted se acordó de un error que cometió alguna vez? —insistí.

—Sí, pero aquél no pude remediarlo.

Después empezó a contar una historia de prolegómenos confusos. Su presupuesto inicial era que este hombre asmático y corpulento a quien empezaban a doblar los años, viudo, jubilado, solo, que todas las noches venía al café a jugar conmigo al billar o al ajedrez, era

en realidad otro hombre, joven, posiblemente valeroso o despreocupado, que empezaba a abrirse camino en un mundo de necesaria violencia.

Porque todo esto, dijo, había ocurrido treinta y cinco, cuarenta años atrás, en Río Negro. El había nacido más al sur todavía, pero un día llegó a Choele-Choel arreando una modesta tropilla y se quedó.

Allí todavía estaba fresco el rastro sangriento de la conquista. El viento movía un arenal, y parecía la cara de un indio, solemne y enjuto en su muerte; bajaba el río, se secaba el fango y era posible encontrar una lanza todavía filosa o un par de boleadoras irisadas (así fantaseaba el comisario). Pero la tierra heredada ya era de los estancieros, y sólo el respeto se ganaba o se perdía con un gesto. Después de los coroneles bigotudos, vinieron italianos, españoles, turcos con sus carros de baratijas, muchos chilenos "grandes comedores de carne cruda", dijo, y la crónica del Remington contra la lanza perdió un poco de estatura —el Colt 38, el cuchillo—, se hizo menos sistemática, más desordenada, pero también más solapada y acaso más cruel.

Laurenzi trabajó un tiempo de peón en

una estancia que era de un ministro de Yrigoyen, antes de pasar a la isla y hacerse vigilante en Lamarque. Lamarque era un pueblo de quinientas almas, sobre el Brazo Chico del río, en el sur de la isla, pero su relación obligada en tierra firme era Choele-Choel, que estaba al norte, sobre el Brazo Grande, "y ahora es ciudad y ha progresado mucho", comentó Laurenzi.

—Al principio no me aceptaron, y cuando pasó esto, tuve que irme. Así que yo fracasé como vigilante —agregó sonriendo vagamente—. El comisario de Choele-Choel me había cobrado afecto, y cuando dijo que se necesitaba un hombre en la isla, agarré viaje. Me pagaban treinta pesos al mes y me dejaban tener una majadita de ovejas en un terreno del destacamento que la gente llamaba "comisaría", pero que en realidad era un rancho con una pieza y cocina. Después supe que en el gobierno de Alvear habían construido una cárcel y un juzgado, pero en los tiempos que le hablo, no había nada de eso: yo solo y mi alma como única autoridad.

"Había gente buena y había gente mala. Yo era joven y me gustaba probar la fuerza. Tuve un par de encuentros donde salí bien

parado y entonces me respetaron poco a poco. ¿Sabe? —dijo bruscamente—, a veces me pregunto cómo sería si me hubiera quedado. A lo mejor tendría una estancia, o por lo menos una chacra y un caballo."

—Yo no lo habría conocido. No podría escribir sobre usted.

—Lindo consuelo —resopló—. Sin ofensa.

Espantó una mosca, bebió el café que se le había enfriado, hizo una mueca y continuó:

—Era una tarde calurosa, porque el verano era infernal, le prevengo, cuando empezaron a sonar los tiros. Me asomé a la calle de tierra, y no se veía un alma. Era una impresión rara la que producía esa calma, esa falta de curiosidad mientras se acercaba (así me pareció) el retumbo de los tiros. Había un perro durmiendo en mitad de la calle, al sol. Levantó apenas el hocico, entre las patas, se arrastró hasta quedar detrás de un poste y volvió a dormirse.

Le pregunté si sus recuerdos eran demasiado nítidos. Dijo que no, que a ese perro lo recordaba clarito, vaya a saber por qué, aunque a lo mejor se olvidaba de otras cosas. También recordaba el brillo del sol en la tierra arenosa.

El cuarto estampido se dilató ya muy cerca de una granizada metálica. Al mismo tiempo oyó a la vuelta de la esquina las vigorosas maldiciones de un vasco tendero.

—Me figuré que le habían agujereado la chapa de zinc del negocio, y me puse al abrigo de un sauce. La escopeta calibre 16 es un arma embromada.

“En total habrían pasado quince segundos, cuando desembocó en la esquina un muchacho Iglesias, que trabajaba de comisionista en el Ferrocarril Sur, y cada cuatro o cinco meses aparecía por la isla. Entonces sonó el quinto escopetazo y la peluquería de la esquina, que era de un turco, se quedó sin vidrios y sin un famoso letrero pintado a mano que decía: Peloijeiría, se afeitán pelos.

”Iglesias enderezó al destacamento. Se agarraba el hombro izquierdo con la mano derecha, pero en los pies no tenía nada, se lo aseguro. ¡Cómo corría ese mozo! Culebreaba sin darse vuelta, con la cabeza agachada como quien espera el golpe de gracia, y levantaba una nube de polvo. Al lado mío pasó sin verme, se paró en seco y dio un salto hacia la puerta.

”En eso asomó frente a la peluquería un

hombre que llevaba una escopeta más grande que él. Era el viejo Antonio, un italiano que tenía una quinta de frutas. La rapidez de este viejo era una cosa notable. En la mano izquierda llevaba tres cartuchos colorados, y de los bolsillos le asomaban más. Bueno, el viejo se agachó, la escopeta se dobló sobre sus rodillas, la cargó, se la llevó al hombro, hubo un cañonazo y cuando quise acordar me encontré cubierto de hojitas de sauce, y sintiendo en los oídos un zumbido como el que hace una radio mal sintonizada. Me asomé, Antonio no tenía más que dos cartuchos en la mano, había corrido diez metros, se había parado, y nuevamente doblaba la escopeta sobre la rodilla. En ese momento le di el alto.

”Creí que me iba a tirar. Chiquito como era, aquel italiano metía miedo. De todo lo que decía en una jerga incomprensible yo no entendía más que la palabra ‘sporco’. Pero cuando me acerqué y le manoteé la escopeta, no hizo resistencia. De todas maneras tuve que sujetarlo cuando entramos en la comisaría, y allí estaba Iglesias vendándose el brazo con un pedazo de camisa.

”Como a Antonio no había manera de sacarle nada, le pregunté al muchacho.

—No sé— contestó mirando al quintero de reojo—. Para mí que está loco. Yo no le hice nada a Julia. Pero él dice que yo me la... bueno.

—Estábamos en eso, ¿y quién se aparece? *La Yulia*, corriendo y despeinada y hecha una Magdalena. Entonces el viejo dejó de gritarle a Iglesias y empezó a gritarle a ella.

—Después de pensarlo un poco, decidí que había que llevarlos a Choele-Choel y ponerlos en manos del comisario, del juez, del cura, también del médico porque la herida de Iglesias no era grave, dos o tres perdigones en un brazo, pero sangraba bastante. La Julia era menor de edad y estaba de tres meses, como vine a saber por una de las pocas cosas que le entendí al viejo Antonio.”

—¿Y ella valía la pena para todo ese tiroteo? —pregunté con cierto escepticismo.

—Vaya a saber —dijo el comisario—. Uno qué sabe. Si lo piensa ahora no era más que una de esas bellezas campesinas, algo toscas, que luego se casan y se cargan de hijos, y a los veinticinco años ya son viejas. Pero Julia tenía diecisiete y era fresca como una lechuga, o si usted prefiere como un repollo —agregó con repentina propensión a las metáforas hortíco-

las, que luego interpreté como una pesada broma contra sí mismo.

—El mismo Iglesias me caía simpático, aunque yo lo trataba poco. Hacía alrededor de cuatro meses que no lo veía. En ese momento, claro, estaba un poco mal parado, pero se me ocurrió que casarse con una chica no era lo peor que le podía ocurrir. Además era voz corriente en el pueblo, aun antes de que los resultados estuvieran a la vista, que se entendían bien.

—No lo pensé más y les anuncié que los llevaba a Choele-Choel.”

Sin embargo, explicó el comisario, el asunto no resultó tan fácil. Tuvo que pedir un carro prestado a un turco (divagó largamente sobre las caravanas que allí se concentraban antes de iniciar las duras travesías hacia el sur) y llevar a los causantes hasta el Brazo Grande. Ahí se tomaba una balsa para cruzar.

—Usted hubiera visto lo que era esa balsa. Se manejaba a pulso desde arriba, con una especie de cabrestante y una maroma que atravesaba el río y estaba sujeta a un poste en la otra orilla. En el verano, cuando había bajante, solía quedarse varada en el barro, o a lo mejor había que ir a tomarla en el centro del río.

“Esa tarde pasaba algo peor. Se había roto la maroma, y el balsero, entre imprecaciones, me dijo que no tenía esperanzas de arreglarla hasta el día siguiente.

“Yo hubiera vuelto a Lamarque, pero no tenía dónde encerrar a esa gente. No quería que el italiano volviera a las andadas, o que Iglesias se fugara con la moza. El balsero, que era un vasco testarudo, accedió a prestarme el único bote que tenía, pero insistió en que no cruzaran más de dos personas por vez. Y aun así, me dio un tarrito para sacar el agua, porque el bote daba lástima, y el río estaba bastante correntoso. Debía ser en diciembre y no habían empezado las grandes bajantes.

“Ya me estaba resignando a cruzar el río cinco veces, tres de ida y dos de vuelta, para llevarlos de a uno en el bote, en vez de hacer un solo viaje en balsa como había calculado. Entonces vi que el problema era menos simple. No podía dejar a Antonio solo con el seductor de su hija, y tampoco podía dejarlo con su hija. Ya no hablaba, pero igual seguía inquietándome. Los otros también. La chica no dejó de llorar desde que vio a su novio herido. Cuando quiso ayudarlo a vendarse, él la apartó despacito y se vendó solo. Después se mantuvo recon-

centrado, acariciándose la rala barbita amarilla, como si pensara en lo que había sucedido. Acababa de averiguar que era un cobarde, o por lo menos que era capaz de correr ante un viejo armado con una escopeta.

“Sí —murmuró el comisario dando una larga pitada a su cigarrillo negro—. Había que llevarlos de a uno, y evitar que los que quedaban se desgarraran entre ellos.”

—¿No podía encerrar a dos, cada uno en un calabozo, llevarse al tercero y volver a buscarlos?

—Usted se olvida que ni siquiera en el destacamento yo tenía calabozos, y aquí no había más que la casa del balsero, con una sola pieza que se podía cerrar con llave.

“La situación se repetía en la otra orilla, porque la comisaría de Choele-Choel estaba a más de veinte cuadras del lugar donde yo iba a atracar con el bote. No podía perder tiempo llevándolos de a uno a la comisaría, porque nos iba a agarrar la noche. Pensaba pedirle ayuda a un puestero que vivía del otro lado y era amigo mío.

“Así que de los dos lados había un lugar relativamente seguro, pero cuando lo pensé un poco vi en qué consistía el problema: mientras

durase el traslado, Antonio tenía que estar solo o tenía que estar conmigo. En ningún momento podía dejarlo sin vigilancia con su hija o con Iglesias.”

El comisario partió en cuatro pedazos el boleto de la consumición y colocó sobre la mesa la cucharita del café y una caja de fósforos.

—Se trata de distribuir los papeles.

—¿Esos? —dije, empezando a irritarme.

—Como usted quiera. ¿Tiene un lápiz?

Se lo di. Pensé que el comisario se burlaba de mí, y sin embargo alguna idea familiar me rondaba sin que pudiera atraparla.

—Haga de cuenta que esa cuchara es el río. Este papelito, en el que escribo una A, es el viejo Antonio. Este otro papelito —lo marcó con una J— es Julia. Este papelito —lo marcó con una I— es Iglesias. Y éste —lo marcó con una L— soy yo.

Los alineó a un lado de la cuchara.

—En esta orilla —comentó sin sonreír. —Ahora tengo que cruzarlos al otro lado. pero de a uno. Y Antonio nunca tiene que quedar solo con Julia, y tampoco tiene que quedar solo con Iglesias. ¿Cuántos viajes tengo que hacer?

—Cinco —vacilé—. ¡Qué sé yo!

—Siete —dijo, y empezó a embarcar los papelitos en la caja de fósforos y a mover la caja por encima de la cuchara—. Cruzo al viejo, uno. Vuelvo, dos. Llevo a Iglesias, tres.

—Y entonces ya tiene que dejar a los dos hombres juntos, y uno mata al otro.

—No, porque ahí está todo el truco. En el cuarto viaje, que es de regreso a la isla, me *traigo de vuelta al viejo*, y dejo a Iglesias solo en tierra firme. En el quinto llevo a la hija. El sexto es de regreso y lo hago solo. En el séptimo, traspordo por última vez a Antonio, y ya los tengo a todos juntos del otro lado sin que el italiano haya podido hacer un estropicio.

—Un momento —exclamé bruscamente iluminado—. Esa historia yo la he oído. Es el problema de Alcuino.

—¿De quién?

—Un tipo que era amigo de Carlomagno. El lobo, la cabra y la col. No se puede dejar al lobo solo con la cabra, ni a la cabra sola con la col.

—Mi abuela, que me enseñó ese cuento —dijo pausadamente el comisario— no era una persona instruida. No sabía quién era ese Al... ¿cuánto? Alcuino. Además, decía “chivo”,

decía “repollo”. Pero fíjese lo que son las cosas, yo no quise pensar que fuese exactamente la misma historia.

—¿En qué se equivocó? —dije suavemente.

—¿Cómo saber quién es un lobo? —repliqué—. O si usted prefiere, ¿cómo saber que una cabra no se portará como un lobo, o inclusive como una cabra?

—Eso es muy complicado.

Pedí otro café. El comisario pidió una grapa.

—Ya le dije que yo era muy joven y quería medirme con las cosas. Cuanto más lo pienso, más me convenzo que era un provocador. Todo lo que pasó lo provoqué, hice tentativas, tenté, y de pronto, ¿sabe lo que había? Un cadáver. No me perdonaré nunca —dijo seriamente—. Porque cuando se me ocurrió la idea, me sentí encantado. Fíjese, había dificultades aparentes (yo no tenía derecho a obligar al viejo a cruzar tres veces el río), pero las descarté todas. Porque lo que me gustaba era el juego. Y lo que hice fue una trasposición de jugadas, como recién. Y también repartí mal los papeles, pero no esos papelitos de recién, sino lo que cada uno era.

—Encerré a Julia y a Iglesias en la pieza

del balseiro y crucé al italiano. Esa parte salió bien, se dejó llevar como un chico. Toda su vida se le había ido, era un paquete, un viejo cansado. Llegó a preguntarme seriamente si yo creía que Iglesias se iba a casar con su hija. ¿Qué le iba a decir? Lo pensó un rato y dijo que a lo mejor *questo sporco* resultaba un buen muchacho a pesar de todo. Cuando agregó que él lo había hecho todo por *la Yulia*, y que había vivido para ella, y que nunca le había puesto una mano encima, ni siquiera ahora, bueno, empecé a sentirme mal.

“¿Sabe lo que sentí? Lo mismo que hace un rato, cuando moví el rey en vez del caballo. Pero mucho peor, es claro. Dejé al viejo en la orilla, sin molestarme siquiera en llevarlo hasta el puesto, y emprendí el regreso.

”Nunca he remado con tanta furia, y nunca el tiempo me pareció tan lento. Salté a la isla y corrí a la casa del balseiro. El vasco y su mujer estaban parados junto a la puerta de la pieza y se miraban como con susto. Me explicaron que habían oído un ruido, pero como yo tenía la llave...

”Entonces abrí la puerta.”

El comisario vació de un golpe el vaso de grapa.

—Allí estaba Iglesias, sentado en una silla, acariciándose la barbita, olvidado de todo, como si siguiera pensando. Creo que no me oyó entrar. Y la muchacha estaba muerta a sus pies. La había ahorcado con sus propias manos.

El comisario se levantó con gran ruido de sillas y caminó despacio hacia la puerta del café, mientras yo pagaba la consumición.

Lo alcancé. Estaba parado al borde de la vereda y tenía los ojos como perdidos en la negra corriente de automóviles, sembrada de reflejos.

—¿Por qué fue? —dije poniéndole una mano en el hombro.

—Porque la chica estaba embarazada de tres meses. Y él, hacía cuatro que faltaba del pueblo. Cuando el viejo la descubrió, la amenazó, fue a buscar la escopeta, ella sólo atinó a nombrar al que había sido su novio, y no al verdadero seductor. Nunca supimos quién era.

—Usted no tenía por qué adivinarlo —lo consolé.

—Eso se dice fácil. Pero en realidad yo debí adivinarlo. Por un lado, Iglesias no dejó que la chica se le acercara, ni siquiera para venderlo, ¿se acuerda? Y eso que iba pensando en

el camino era la traición que acababa de descubrir, y no los escopetazos que le había tirado el viejo. Por otro lado, Antonio no había intentado maltratar a su hija, salvo de palabra, ni siquiera en el primer acceso de furia.

“Pero yo la encerré con Iglesias en el mismo cuarto y me guardé la llave. Encerré la cabra con la col.

”Así que yo me equivoqué. Pensé que sólo el viejo podía matar, y que la muchacha estaba segura con el que había sido su novio, cuando en realidad sólo estaba segura con su padre. Si hubiera seguido la fábula al pie de la letra, si hubiera repartido bien los papeles, era Iglesias el que nunca debía quedar solo con la chica ni con el viejo, para no ser comido por el lobo ni comerse la col.

”El italiano se murió tres meses después, y a Iglesias le dieron quince años. Yo me fui del pueblo y no he vuelto nunca. Dicen que está muy adelantado...”

Hubo un silencio difícil de llenar. Aprovechando una pausa en el tráfico, tomé al comisario Laurenzi del brazo y dije maquinalmente:

—¿Cruzamos?

Me miró con reprobación y tristeza.



LOS OJOS DEL TRAIADOR

El 16 de febrero de 1945 tropas rusas completaron la ocupación de Budapest. El 18 fui arrestado. El 20 me pusieron en libertad y me restituí a mis funciones en el Departamento Oftalmológico del Hospital Central. Nunca he sabido la causa de mi detención. Tampoco supe por qué me pusieron en libertad.

Dos meses más tarde tuve en mis manos una solicitud firmada por Alajos Endrey, condenado a muerte, que aguardaba el cumplimiento de la sentencia. Ofrecía donar sus ojos al Instituto de Recuperación de la Vista, fundado por mí a comienzos de la guerra, y en el cual realicé —aunque ahora lo nieguen Istvan Vezér y la camarilla de advenedizos que me han difamado y obligado a expatriarme— dieciocho injertos de córnea en pacientes ciegos. De ellos, dieciséis fueron coronados por el éxito. El paciente número diecisiete se negó tenaz-

mente a recuperar la vista, aunque la operación fue técnicamente perfecta.*

El caso número dieciocho es el tema de este relato, que escribo para distraer las horas de mi solitario destierro, a millares de kilómetros de mi Hungría natal.

Fui a ver a Endrey. Estaba en una celda pequeña y limpia, que recorría incesantemente, como una fiera enjaulada. Ningún rasgo notable lo recomendaba a la atención de un hombre de ciencia. Era un sujeto pequeño, irritable, con una permanente expresión de acoso en la mirada. Presentaba huellas evidentes de desnutrición. Un examen sumario me reveló que tenía la córnea en buen estado. Le comuniqué que su ofrecimiento estaba aceptado. No indagué sus motivos. Los conocía de sobra: sentimentalismo de última hora, acaso un oscuro afán de persistir, aunque fuera en mínima parte, incorporado a la vida de otro hombre. Me alejé por los corredores de piedra

* Creo que en ese caso el factor psicológico ha sido decisivo. El paciente ve, en realidad, pero no lo reconoce, porque tiene temor de ver, porque no quiere ver, porque está acostumbrado a no ver. No hay otra explicación.

gris, flanqueado por la mirada indiferente u hostil del guardia.

La ejecución se realizó el 20 de septiembre de 1945. Recuerdo vagamente una procesión de hombres silenciosos y semidormidos, un camino polvoriento que ascendía entre matorrales, un amanecer intrascendente. Improvisé una mesa de operaciones en una choza con techo de zinc, a cincuenta pasos del sitio de la ejecución. Pensé, ociosamente, que el ejecutado podía ser yo, que el destino era absurdo, que la muerte era una costumbre trivial.

Preparé cuidadosamente al paciente. Era ciego de nacimiento, por deformación en cono de la córnea, y se llamaba Josef Pongracz. Pasé por los párpados los hilos destinados a mantenerlos abiertos. En aquel trámite me sorprendió la fatal descarga.

Dos soldados trajeron al muerto en unas angarillas. Una cuádruple estrella de sangre le condecoraba el pecho. Tenía las pupilas dilatadas en un vago asombro.

Extraje el ojo y recorté el trozo de córnea destinado al injerto. Luego extraje la zona enferma de la córnea del paciente y la reemplacé por el injerto.

Diez días más tarde retiré los vendajes. Josef se incorporó y dio un par de pasos indecisos. Observé sus reacciones. Su cara adquirió una expresión de indecible temor. *Veía*. Estaba perdido.

Miró en torno, buscándome entre los objetos que componían la sala de operaciones. Cuando le hablé, me reconoció; quiso sonreír. Le ordené que se dirigiera a la ventana. Vaciló, y entonces yo lo tomé del brazo y lo guié, como si fuera un niño. Cuando lo puse frente a la ventana, cerró los ojos, tocó la solera, el marco, los vidrios, una y otra vez, infinitamente. Después abrió los ojos y miró a lo lejos.

—Atardece —dijo, y empezó a llorar silenciosamente.

Dos meses más tarde recibí la visita del Dr. Vendel Groesz, del Instituto de Psiquiatría. Había ido a verlo Josef. Hallábase, según me dijo, en un estado desastroso, en una honda depresión mental, agravada por pesadillas y alucinaciones; lo amenazaba la esquizofrenia.

Dos días después de la operación (me dijo el Dr. Groesz) Josef había soñado con un vago panorama, casi desnudo de detalles: un cerro, un camino, una luz gris y espectral. El sueño se

había repetido siete noches seguidas. A pesar del carácter inofensivo de esas representaciones, Josef se había despertado siempre dominado por un oscuro e injustificable terror.

El Dr. Groesz consultó sus notas.

—*Era como si yo hubiera estado ahí antes, y fuera a suceder algo terrible*—. Son sus propias palabras.

El Dr. Groesz confesó que en este caso habían fracasado todos los procedimientos usuales. Cualesquiera fuesen los complejos de Josef, no podían estar relacionados con sensaciones o recuerdos visuales, pues era ciego de nacimiento. Desde que recuperara la vista, no había salido de la ciudad. Ignoraba pues, en rigor, lo que era una colina, lo que era un camino polvoriento de montaña, a menos que se pudiera llamar conocimiento al concepto impreciso, adimensional, propio del ciego. El panorama que inquietaba los sueños de Josef no era, pues, un recuerdo visual; tampoco un recuerdo visual modificado por la peculiar simbología onírica, sino un producto inexplicable, arbitrario, del subconsciente.

—El sueño —dijo el Dr. Groesz—, por muy alejado que parezca de la experiencia, se basa siempre en ella. Donde no hay experien-

cia previa, no puede haber sueños correspondientes a esa experiencia. Por eso los ciegos no sueñan, o al menos sus sueños no están constituidos por representaciones de orden visual, sino táctil o auditivo.

En este caso, sin embargo, había un sueño de carácter visual (cuya repetición indicaba su importancia), anterior a toda experiencia visual del mismo orden.

Forzado a buscar una explicación, el Dr. Groesz había recurrido a los arquetipos o imágenes primordiales de Jung —cuyas teorías rechazaba por fantásticas—, especie de herencia onírica que recibimos de nuestros antepasados, y que pueden irrumpir intempestivamente en nuestros sueños y aun en nuestra vida consciente.

—Yo soy un hombre de ciencia —me aclaró, innecesariamente, el Dr. Groesz—, pero no puedo prescindir de ninguna hipótesis de trabajo, por opuesta que sea a mi experiencia y a mi peculiar modo de ver las cosas. Pero también hube de desechar esa hipótesis. Ya verá usted por qué.

“Una semana después, el panorama escueto y desnudo de los primeros sueños empezó a completarse, como una fotografía

que se revelara lentamente. Una noche fue una piedra de forma peculiar; la noche siguiente, una cabaña de techo de zinc, bajo el abrigo de dos árboles adustos e idénticos; después un amanecer sin sol; un perro que vagaba entre los árboles... Noche a noche, detalle por detalle, el cuadro se va completando. Ha llegado a describirme, en media hora de prolifas disquisiciones, la forma exacta de un árbol, la forma exacta de algunas ramas de ese árbol, y hasta la forma de algunas hojas. El cuadro se perfecciona siempre. Ningún detalle previo desaparece. Lo he probado. Todos los días le hago repetir el sueño de la noche anterior. Siempre es el mismo, exactamente, *pero con algún detalle más.*

”Hace una semana me mencionó por primera vez cinco figuras que habían aparecido en el cuadro. Cinco contornos, cinco siluetas oscuras, recortadas contra el amanecer grisáceo. Cuatro de ellas están en una misma línea, de frente; la quinta, a un costado, está de perfil. La noche siguiente las cinco figuras estaban uniformadas; la figura del costado empuñaba una espada. Al principio las caras eran borrosas, casi inexistentes; después se fueron precisando.”

El Dr. Groesz consultó una vez más sus notas.

—La figura del costado, que empuña la espada, es un oficial joven y rubio. El primer soldado de la izquierda es bajo, gordo, y el uniforme le queda chico. El segundo le hace *recordar* (fijese usted bien: *recordar*) a su hermano menor; *Josef me ha dicho, casi llorando, que él no tiene hermanos, nunca los tuvo, pero ese soldado le hace recordar a su hermano menor.* El tercero tiene bigote negro y uniforme muy raído; evita mirarlo; tiene la mirada a un costado... El cuarto es un hombre gigantesco, con una cicatriz que le cruza el costado izquierdo de la cara, desde la oreja a la comisura de la boca, como un río tortuoso y violáceo; un paquete de cigarrillos asoma por el bolsillo de su guerrera.

El Dr. Groesz sacó un pañuelo de su bolsillo y se enjugó la frente.

—Ayer —dijo, y por la forma en que dijo “ayer” comprendí que se avecinaba algo terrible—, *¡ayer Josef vio el cuadro completo! ¡Dios mío! ¡Dios mío!*

“Los soldados tenían fusiles y le apuntaban, con el dedo en el gatillo, listos para hacer fuego.

”Lo internamos inmediatamente. Se resis-

te a dormir, porque teme soñar que está ante un piquete de fusilamiento, teme sentir ese horror inmediato e inaudito de la muerte. Pero el cuadro, que antes sólo aparecía en sueños, ahora lo persigue también cuando está despierto. Le basta con cerrar los ojos, aun en el fugaz instante del parpadeo, para verlo: el oficial con la espada desenvainada, los cuatro soldados alineados en posición de hacer fuego, los cuatro fusiles apuntados al corazón.

”Esta mañana ha pronunciado un nombre extraño. Le pregunté quién era, y *dijo que era él.* Cree ser otra persona. Un caso evidente de esquizofrenia.”

—¿Cuál es ese nombre? —pregunté.

—Alajos Endrey —repuso el Dr. Groesz.

Mediante la recomendación de un jefe militar—cuyo nombre, por razones obvias, no menciono— logré entrevistar al oficial que había dirigido la ejecución de Alajos Endrey. No me recordaba. Yo, por mi parte, apenas lo había mirado en nuestro fugaz encuentro anterior. Accedió, con fría cortesía militar, a mi descabellado pedido.

Un par de minutos más tarde, los cuatro soldados que habían integrado el piquete de

fusilamiento aquella gris y casi olvidada mañana estaban formados ante mí. *Entonces vi el cuadro que había visto el desventurado Josef con los ojos del traidor Alajos Endrey:*

El primer soldado de la izquierda era bajo y gordo, y el uniforme le quedaba chico; en el segundo creí percibir una vaga semejanza con el propio Endrey; el tercero tenía bigote negro y ojos que evitaban mirar de frente; su uniforme estaba muy gastado. El cuarto era un hombre gigantesco, con una cicatriz que le cruzaba el costado izquierdo de la cara, como un río tortuoso y violáceo...

EL VIAJE CIRCULAR

Debo la idea central de este cuento al ingeniero Emilio Mallol, fallecido en Buenos Aires, en marzo de 1950, a cuya memoria lo dedico.

R.J.W.

En diciembre de 1926 egresé del Politécnico de Mecánica de Hamburgo y cuatro meses más tarde entré como asistente del ingeniero jefe en las grandes usinas que proveen de energía eléctrica a la ciudad de Bremen. Recuerdo haber comprobado con asombro que mis estudios en la materia no me habían preparado para la visión casi fantástica que se me ofreció cuando franquéé la última puerta de acceso, para hacerme cargo de mis funciones: las grandes máquinas cuyos volantes giraban rápidamente, la blanquísima luz reflejada en los mosaicos y azulejos, la atmósfera cálida y el zumbido característico de las grandes centrales, todo me impresionó vivamente.

Von Braulitz, el ingeniero, era un hombrequito amable, de ojos muy azules y cabellos muy blancos. Algunas de las máquinas habían